

## Memorialistas & Viajeros

### Monjas muertas y hombres-murciélago

*Bartolomé Leal, desde Bogotá*

Una manifestación tardía del arte colonial en Colombia fue la boga que se produjo, a fines del siglo XVIII e inicios del XIX, de retratos al óleo que muestran a monjas destacadas, sea por su posición de poder, su lealtad a la iglesia o el afecto de la gente, en el momento del trance hacia el paraíso prometido. Es un formato estandarizado. Todas ellas llevan tocados de flores naturales y artificiales, a manera de coronas, algunas mimando tiaras obispales o papales. Todas ellas “posan” acostadas en su lecho de muerte, amortajadas con sus hábitos monjiles. Todas ellas muestran en un relicario una imagen sagrada, sea Jesús de Nazaret o su madre, María. Todas ellas llevan entre sus manos un ramo de azucenas, símbolo de pureza sexual, y un rosario en torno al cuello. Todas ellas muestran sus ojos cerrados. Todas ellas son de edad proveyta, cual más cual menos. Todas ellas apoyan su cabeza sobre almohadones, aunque hay una excepción: la hermosa Inés María Masustegui del Santísimo Sacramento, fallecida en 1780 a la edad de 53 años, quien lleva por almohada un par de ladrillos, seguramente el recuerdo de una penitencia autoinflingida. Todas ellas muestran alguna huella de la causa de muerte, desde vejez pura y simple, a una enfermedad grave: el cáncer a la piel parece visible en ciertas retratadas. Todas ellas lucen una palidez mortuoria, aunque una, sor Teresa Juliana de Jesús, luce un oscuro bozo sobre el labio superior.



¿Por qué estos retratos? Son ejemplos de vida con los que la iglesia católica pretendió responder a la Reforma protestante y estimular comportamientos feligreses en la línea de la piedad. La vida conventual aparece así como una forma de renuncia a la vanidad de la vida en el mundo y como tal sirve de modelo. ¿De

dónde viene el modelo? Posiblemente de una mezcla de monjas mártires, como Santa Cecilia, cuyo cadáver habría sido descubierto intacto y sonriente en su ataúd, según la escatología religiosa; o Santa Rosa de Lima, cuya vida entera fue un martirio. El artista seguía las pautas de la época y las representaba a la vez como esposas de Cristo y como mártires en su lucha contra el mundo, el demonio y la carne. Las colecciones colombianas de pintura que representan superiores muertas son una muestra del arte de la Contrarreforma y se adscriben estilísticamente a la escuela de Cusco, donde el tema del retrato de monjas difuntas se practicaba ya a fines del siglo XVII.

Los pintores entraban en los conventos de clausura por un breve período, previo permiso del obispo para realizar los retratos. Los distintos conventos femeninos de Colombia como la Concepción, Santa Clara, Santa Inés, El Carmen y La Enseñanza, quisieron conservar las imágenes de sus abadesas muertas como efecto demostración iconográfico. No todos los artistas sentían placer en pintar la muerte. Se sabe que Ramón Torres Méndez publicó en 1848 en el periódico *El Neogranadino* un anuncio en el que se promocionaba como pintor, pero en el que avisaba que “por falta de tiempo y por razones de salud no retrata sino originales vivos”. Otros artistas, en cambio, realizaron retratos de religiosas muertas, como Pedro José Figueroa, su hijo José M. Figueroa, Joaquín Gutiérrez, Pablo Antonio García del Campo y su hijo Victorino García Romero, quien hizo copias de los retratos hechos por su padre a petición de los conventos. Fueron los encargados de documentar el momento en que las monjas partían engalanadas y floridas a la cita en el más allá con su divino esposo.



¿Los murciélagos estilizados? Colombia no tiene un arte precolombino tan amplio y reconocido como el de México y Guatemala, o Perú y Bolivia. Sin embargo, la llamada cultura tairona, que se desarrolló en la costa Caribe, muestra rasgos originales que la hacen no sólo lo más destacado en la región sino también fuente de sorpresas. Tairona es el nombre de un cacique, literalmente, “el hombre-murciélago”, dotado de poderes asociados a ese mamífero volante. Su pueblo, llamados en general los muisca, de habla chibcha, son los habitantes originarios de Colombia, y su cultura se remonta al año 900 de la era cristiana. Siendo los murciélagos animales nocturnos y con hábitat en cuevas, se les asocia con los sacerdotes muisca. Destaca por eso el gran número de figuras arqueológicas tairona que representan murciélagos y cuerpos humanos con rostros de murciélago; se les encuentra en colgantes y pectorales de oro como también en piezas de cerámica, identificando incluso el orden y la familia de estos animales. Las figuras de hombre-murciélago tairona ostentan orejeras, narigueras y otros adornos que en la cultura muisca eran privilegio de principales, caciques y sacerdotes. Los murciélagos predominan en la iconografía muisca. Hay algunas representaciones tan abstractas que se utilizaron como adornos de habitaciones, diseños de narigueras, figuras votivas, amuletos y utensilios.



Un detalle histórico significativo: los tairona enfrentaron a los españoles con ataques guerrilleros, en general desordenados por falta de liderazgo. Como los mapuches en Chile, no se doblegaron, y prefirieron refugiarse en el interior del territorio colombiano, la sierra nevada de Santa Marta, en lugar de aceptar el dominio de los conquistadores. El viajero José Nicolás de la Rosa en su *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la Ciudad de Santa Marta* (1739) escribió: “Los tairona son de mediana estatura, gruesos, pies y manos pequeños, pero anchos, color tostado, cabello negro y lacio...No tienen pelo de barba ni vello”. Su arma más letal era una flecha envenenada fabricada con la cola del pez-raya. Practicaban la antropofagia ritual con los indígenas más valientes, que consistía en beber la grasa que se desprendía de su cuerpo cuando era cremado. Original

variante. El homosexualismo, la poligamia y las relaciones incestuosas no constituían delito para los tairona, de allí la saña con que fueron tratados por los misioneros.

Otrosí. Da vértigo pensar en una cultura que se desarrolló 3.000 años antes de la era cristiana. En el sur de Colombia, en los fértiles valles regados por los ríos Cauca y Magdalena, creció la cultura llamada de San Agustín. Una cultura que dejó estatuas de piedra de gigantescas dimensiones, que alcanzan hasta 5 metros de altura, sólo comparables a los Moais de la isla Rapa Nui o las cabezas Tolteca de México. Los conquistadores, enceguecidos por la codicia del oro, no quisieron escuchar de estos hombres de las rocas. Fue otro viajero, Fray Juan de Santa Gertrudis, de la Orden Observante, al visitar varias veces el lugar, la primera en el año de 1756, quien dio noticia de la cultura San Agustín. Más de 300 estatuas de este tipo han sido halladas. Jaguares, águilas, serpientes, ranas, lagartos, murciélagos o peces antropomorfizados revelan la íntima relación entre esta cultura, que se extendió por casi 5.000 años, con su entorno geográfico y ecológico.

Descubrir monjas muertas, hombres-murciélago y gigantes líticos en un viaje de trabajo, no deja de ser un regalo de los dioses. *Send me a postcard drop me a line, when I'm sixty four...*